

27 DE OCTUBRE DE 1879.

Madrid.

Llego muy tarde para hablar de la inundacion de la caridad. La inundacion y la caridad existieron el pasado lunes todo el periódico, y le llenaron.

Éste aquí forzado a manifestar mi sentimiento cuando el corazón empieza a serenarse...

Por vivos que sean los dolores, el tiempo los calma; por oscura que sea la tristeza, se disipa al fin con las alegrías del mundo...

Uno de los grandes medios de alargar recurrimos a la miseria, es el de dar representaciones en los teatros, organizar conciertos y estudiar diversiones en las cuales la risa de los unos calma el llanto de los otros.

Es este un medio inventado por el escepticismo, que vence así la dureza de aquellos mismos que no se conmueven ante la sola relacion de las desgracias y catástrofes... Hay quien consiente en hacer una buena accion, a cambio de divertirse.

Madrid empieza el descenso del dolor; le queda el sentimiento del deber que le obliga a perseverar en su obra hasta completarla... En estas ocasiones, a la caridad de los particulares deben seguir leyes de los gobiernos.

Pero hé aquí el mal sin remedio.

La explosion de nuestro dolor es grandiosa... La caridad nos inspira rasgos sublimes; los unos dan cantidades que son una fortuna; los otros adoptan huérfanos, constituyendo así en su hogar una nueva familia; los otros ponen su trabajo y su talento al servicio de la miseria; y hay quien se helará este invierno por haber dado su capa. Corazon... sí, lo tenemos.

La prevision debe completar la obra del sentimiento haciendo imposibles, en lo humano, catástrofes como la que hoy nos aterra y nos conmueve.

Pero mirad el cuadro del porvenir... Las aguas bajan; las tierras seorean; los cultivos reaparecen; los edificios surgen de nuevo; las hojas cubren al légamo que cuelga de las ramas; los labradores han cubierto su desnudez; el dolor se ha recogido del rostro y ha quedado adormido en el corazón; ciudades, campos, hombres, mujeres y niños, todo nuevamente sonríe...

En qué pensará el gobierno que gobierne la España por entonces?

Pensará... en ganar las elecciones en Murcia, Alicante y Almería.

Hay gentes que por su posicion social no están obligadas a condolerse de las desgracias públicas.

Hay otras en cambio, cuyo concurso es de rigor.

Es costumbre que los empresarios, los autores, los actores y los cantantes se conmuevan mas que otro cualquiera ciudadano en las desgracias nacionales.

Los empresarios renuncian a su ganancia; los autores no cobran sus chistes o sus cadáveres; los actores se dan el colrote y se visitan a la antigua por mera filantropía, y los cantantes hacen gorgoritos por cuenta del sentimiento nacional.

A cambio de esto reciben marcadas muestras de benevolencia, en aquella noche, y una corona.

Pero no siempre es una corona, porque he olvidado de incluir una clase respetable y simpática, la cual suele recibir por su filantropía petacas y cigarros.

Porque tambien es costumbre que los toreros trabajen gratis en las corridas que se dan con motivo de ciertas catástrofes.

Estos hacen mayor sacrificio que los empresarios, autores, cómicos y cantantes.

Acaso hacen el sacrificio de su vida.

Pues el arte del torero ha llegado a tal decadencia por lo visto, que ya no es arte de lidiar los toros sino de morir en los cuernos.

Si hago esta observacion respecto de los industriales, poetas, artistas y diestros que contribuyen con la cesion de sus derechos o de sus sueldos al alivio de las desgracias públicas, es porque se me figura que la generalidad de las gentes dan poca importancia a este hecho.

Se dirá que el público que asiste a esos espectáculos da dinero, igualando de este modo su generosidad...

Pero al fin les da por divertirse, no por divertirse a los demás.

Seamos justos, pues, y tributemos a esas clases no solo aplausos sino reconocimiento.

El acontecimiento de la semana, el único que ha roto la preocupacion general ha sido el estreno de *La Mariposa*. Las apreciaciones y las críticas de esta obra, debidas a personas de distinguido ingenio, son tan contradictorias que un esceptico podría dudar de la razon humana.

Se explican, sin embargo, estas contradicciones, teniendo en cuenta que la critica al fin y al cabo no figura entre las ciencias exactas, y tiene por fundamento el gusto, el sentimiento personal.

Lo cierto es que el Sr. Cano, ha obtenido un éxito del que hay pocos ejemplos en el teatro, y esto prueba que es uno de los poetas que representan legítimamente a nuestra época.

De la opinion pública a *La Mariposa* hay un progreso inmenso... Acaso en una próxima obra el Sr. Cano sin perder su inspiracion y su audacia en vez de llevar al teatro idealismos lleva el mundo.

En el Real:

Las cosas del cielo, decia un buen señor, andan tan desordenadas como las de la tierra.

¿Por qué?

Porque primero bajó Donizetti a componer *La Favorita*, y vea Vd. lo que ha tardado Gaiarre en bajar a cantarla.

En la ópera.

¿Qué?

¿Qué?

Noticias bibliográficas.

Historia de la Grecia antigua, por Miguel Morayta. —Un vol. de 376 págs.—Madrid: Góngora y compañía, editores; 1879.

Tiene razon el Sr. Morayta. Los libros de historia originales son tan escasos en nuestro país que no hay manera de estudiar esa ciencia sin recurrir a autores extranjeros. Parece que falta a nuestro genio literario el fondo inagotable de reflexion y de perseverancia que acumula materiales sin descanso para esclarecer un punto dudoso o penetrar en los misterios de una edad olvidada.

Que hay materiales abundantes en nuestros archivos, lo prueban la cosecha que en ellos hicieron Dozy, Gachard, Mignet, etc.; las obras que diariamente ven la luz en Paris, en Bruselas, en Londres, en Leipzig y en Viena sobre el reinado de Carlos V, la guerra de sucesion, la política de los Reyes Católicos, la de Felipe II, nuestras guerras en Italia, las diferencias de la casa de Austria y la de Borbon, el imperio musulmico de Occidente y tantos episodios de nuestra historia, apenas investigados por los escritores de la Peninsula. Pero abandonamos ese caudal de noticias al afán y al estudio de los literatos de otros pueblos, como las mas fecundas empresas industriales de que pueden ser base nuestros elementos de riqueza a la iniciativa y laboriosidad de especuladores extranjeros.

El Sr. Morayta confiesa que se ha visto imposibilitado muchos años de recomendar a los alumnos que estudian historia universal en la Universidad de Madrid, un texto en que pudieran ampliar las explicaciones que oian en la cátedra. Esto, en honor de la verdad, es tan lamentable como vergonzoso para nosotros, y eran dignos de aplauso todos los esfuerzos encaminados a llenar aquel vacío. Con ese objeto ha escrito el Sr. García Moreno su *Historia de Oriente*, y publica ahora el Sr. Morayta la *Historia de la Grecia antigua*, que sigue paso a paso la existencia del gran pueblo, desde las vagas e incompletas noticias transmitidas por la tradicion acerca de sus primitivos pobladores, hasta la batalla de Mantinea y muerte de Epaminondas, cuando reducida Tebas a potencia de segundo orden, y vencida Esparta en el Peloponeso se encuentra Atenas a la cabeza de las ciudades griegas.

El Sr. Morayta ha puesto singular empeño en mostrar que sigue con afán cuidadoso los adelantos de la ciencia, que conoce sus progresos y que sabe apreciarlos. Su historia es completa, nutrida de datos y rica en doctrina. El Sr. Morayta no se limita a referir los hechos; los explica, analiza y comenta con abundancia de observaciones críticas sobre la religion, las leyes, las costumbres, la filosofía y el arte de los griegos, maestros de la humanidad en todas las esferas del pensamiento, creadores de una civilización, a la que Europa debe su cultura superior y su influencia decisiva en los destinos del mundo.

El libro del Sr. Morayta está literariamente escrito. Forman su base las explicaciones hechas por el autor en la cátedra que regenta en la Universidad de Madrid. Han venido a ella, conservando la severidad de su estilo dogmático, esas ampliaciones propias de la explicacion oral que ilustran los pormenores del texto y lo ofrecen al lector adornado de sencillez y claridad extraordinarias. Es, en una palabra, un buen libro de enseñanza, correcta y elegantemente impreso.

Discurso leído en la Universidad Central en la apertura del curso de 1879-80, por D. M. M. del Valle. —Un volumen de 115 págs.—Madrid: imp. de Ducazaal; 1879.

El tema de este discurso era «la crisis filosófica contemporánea y su influjo en la organizacion de los conocimientos humanos, en la vida y el porvenir de las sociedades». Si el Sr. Valle pretende desenvolverlo, preciso será que escriba otro, pues en ese no ha hecho mas que bosquejar la historia de la filosofía, buscando en sus vicisitudes los antecedentes de la crisis contemporánea para limitarse, cuando ha llegado a ésta, a hacer indicaciones generales sobre la situacion en que se hallan esos trascendentes problemas.

El movimiento filosófico actual es, según el Sr. Valle, hijo de Kant y está dominado por las tendencias positivas, experimentales y materialistas, representadas en Francia por Littré; en Inglaterra, por Stuart Mill, Darwin, Spencer y Bain; en Alemania por Buchner, Vogt y Haeckel. No se ha rendido el Sr. Valle al influjo de esas tendencias, aunque tampoco las rechaza en absoluto, al adoptar una posicion ecléctica entre las mas opuestas teorías. Partiendo de allí cree que ahora es indispensable verificar dentro de todas las ciencias, una especie de trabajo interno que limite el campo propio a cada grupo de conocimiento y establezca las relaciones que los aproximan o separan, de donde el progreso obtendrá los beneficios que le depara el cultivo de todos los sistemas y el desarrollo de todas las escuelas. Mucho espera, además el Sr. Valle de los estudios antropológicos y biológicos.

Por lo mismo que define con exactitud los rasgos generales de la crisis filosófica presente, hubiera sido de desear que prescindiera de repetir antecedentes conocidos y sobradamente comentados, entrando desde luego a exponer, pero a exponer con libertad completa, su pensamiento sobre la crisis filosófica actual que los profesores de su alta inteligencia y vasta instruccion están llamados a ilustrar y esclarecer. Si pudiéramos aconsejar al Sr. Valle le pediríamos que no dejara su estudio incompleto, deficiente y desproporcionado, como lo leyó y acaba de publicar.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.

El otoño.

(Higiene y medicina popular.)

Pasó la primavera y el estío; y ya las brisas del otoño, que mueven refrescando la atmósfera,

ra, nos anuncian la proximidad del invierno. El año no es mas que un largo día, y como tal, tiene su rosada mañana, su melancólica tarde, sus horas estivales y su noche; pero es un día de la existencia del mundo, y por eso tarda tantos meses en pasar.

Madrid se siente, acariciado ordinariamente en esta estacion por los vientos del Oeste, que han barrido las sierras de Avila, y los del Sud-oeste, perfumados con el aroma de las labiadas de la Alcarria; en las comarcas agrícolas se recoge en racimos la cosecha de la vid y la de los laboriosos apidos; la cera y la miel; los nogales, castaños y avellanos sacuden sus frutos; guárdase el maíz, y se siega a los prados la verde cabellera.

La foliacion no exhala ya el vivificante oxígeno y su color se torna amarillento y después pardo, algunas hojas, como las de la vid y el zumaque, se oxidan tanto que se vuelven rojas, pero a pesar de esto, parece como que no les gusta la metamorfosis de su verde manto, pues cuando soplan los primeros vientos, después de agitar sus ramosos mahos, como diciéndonos: «hasta mañana, hasta el año que viene!» arrojan en tierra su vestidura. Los arboles andan al revés que nosotros: se desnudan en invierno.

El jardinero guarda las plantas delicadas, el naranjo, la camelia y el limonero; se alarga el melon afilando sus extremidades; se almacena la leña formando con ella murallas contra el frío; las mañanas están frescas y las tardes mas frescas aún; los paseantes caminan arma al brazo con sus abrigos; las golondrinas huyen; es que estamos en otoño, la celebrada estacion de los poetas y de los melancólicos soñadores.

Madrid se anima en este tiempo, la vida intelectual renace, y así como en nuestro organismo, al sentir el influjo de los primeros frios la sangre se reconcentra en los centros vitales; del mismo modo al corazón de España afuyen desde todos los puntos de la Peninsula los seres que la accion difusiva del calor habia diseminado.

El equinocio de otoño es menos turbulento y mas corto que el de la primavera, y durante esta estacion suele frecuentemente disfrutarse en la corte de una sostenida y agradable temperatura. Solo la electricidad, largo tiempo almacenada durante el estío en el inmenso receptáculo de la atmósfera, al hacerse ésta mas conductora en mutuas atracciones y repulsiones, se equilibra y recompone, dando lugar a tormentas y nublados.

El genio de la estacion es frío y húmedo, según decian los antiguos, y la accion del descenso de la temperatura es causa de bastantes enfermedades. Determina el otoño congestiones a los órganos parenquimatosos, y la supresion de la traspiracion cutánea produce muy amenudo tambien en los individuos linfáticos, enfermedades de carácter catarral.

Este y el reumático, es el predominante, marcándose tambien el carácter intermitente, y siendo mas frecuentes los efectos del paludismo. Puede pronosticarse que si el otoño que avanza es frío y lluvioso, abundarán quizá epidémicamente las afecciones catarrales, especialmente en los niños, y las neuroses y los reumatismos. Si predomina una temperatura seca y templada, seguirá imperando las irritaciones gastro intestinales, las fiebres inflamatorias, gástricas y biliosas y los infartos viscerales. Si fuese tempestuoso y vario, reinarán en mayor número las intermitentes, especialmente las erráticas, tercianas y cuartanas.

Las enfermedades crónicas se agravan, y terminan fatalmente muchas de ellas en esta época; por eso dijo el anciano de Coos: «En el otoño las enfermedades son agudísimas y muy mortales, y en él todas son semejantes en acrecentarse por la tarde. Así como en un año se encierran los periodos de las dolencias, en un día se contiene el de cada enfermedad; y así sucede tomar por la tarde acrecentamiento.» Al sentir la accion depresiva de la tarde del año, el organismo se abate, pierde fuerzas y debilitado, sucumbe bajo el poder del mal.

Los antiguos médicos decian que en otoño es necesario alimentarse con sustancias cálidas y secas, para contrarrestar la influencia de la humedad y del frío, y en esto tenían efectivamente razon.

Una alimentacion azoada, rica en principios capaces de transformarse en sangre, es por demás provechosa en este tiempo, y no debe tampoco despreciarse el uso de las sustancias carbonadas que den combustible al organismo para colocar a éste al resguardo de las inclemencias de la estacion vecina. El uso de las uvas, la fruta que caracteriza la estacion, a la que hace ya tiempo dediqué un especial estudio, llena bien este objeto, y tambien el vino produce excelentes resultados, animando y levantando las sedadas fuerzas cuando se toma, no el joven modo tumultuoso, sino el fragante y reposado anciano que, guardado largo tiempo en las profundas ánforas, cantó Marcial diciendo:

Et multa fragrat testa, senibus autumnus.

El ambiente fresco y tantas veces húmedo de las noches de esta estacion debe ser cuidadosamente evitado, pues atacando a las membranas mucosas, especialmente a las del aparato respiratorio, determina varias y frecuentes afecciones catarrales o inflamatorias de las vias aéreas.

Justamente cerráronse los Jardines del Buen-Retiro, y van quedando desiertos al caer la tarde los paseos de las afueras de Madrid, porque de ellos ya no se puede esperar mas que un reuma, una neuralgia o una fiebre accasional.

La estacion presente es, sin embargo, la de las giras campestres, de las octubrades, de la vendimia y de las antiguas bacanales; la Naturaleza se despidió de nosotros y debemos ser galantes con nuestra madre. El excesivo frío no paralizará nuestros miembros una temperatura media de 13 grados, una nublada alfombra de hojas secas, grandes nubes por sombrilla para librarnos del ardor del sol nos ofrece el campo para nuestra comodidad y regocijo; por eso desde antiguos tiempos viene ésta siendo siempre la estacion en que el hom-

bre, despojándose de las tareas sociales, va a vivir algunas horas o algunos días, como verdaderamente rey de la creacion, libremente gozando al ver cómo la Naturaleza se adormece, muriendo en los brazos del invierno.

El otoño es tambien la estacion del apogeo de la vida intelectual; parece como que al par que la materia se debilita y enerva, el espíritu cobra fuerzas, y la inteligencia de sus mas preciados frutos. La suave templanza de esta estacion ha influido favorablemente sobre las producciones de las artes y de las ciencias, y ella tambien ha inspirado muchas veces admirables concepciones.

Hay una viscera sobre la cual parece tener un predilecto influjo el otoño; el hígado, a quien con mucha frecuencia perturba y altera dando a los afectos estacionales un tinte hictérico. Este predominio biliar que tienen los padecimientos debe hacer precavidos a los individuos de temperamento de esta índole, y sobre esta relacion estacional y visceral fundaron los judicarios su horóscopo astrológico, dando a esta estacion y a sus signos zodiacales una influencia melancólica a los que en ella nacian, informándolos de complexion pituitosa y atrabiliaria; pero se equivocaron los astrólogos al fiar el temperamento a las influencias de conjuncion siderales, porque si es cierto que en su apoyo Fernando VI, naciendo bajo el otoño murió de melancolía, estrechamente retirado en el castillo de Villaviciosa, mas lúgubre aun, grave é hipocondríaco fué Felipe II, que vió la primera luz entre el rosado y alegre albororcer de la primavera.

JOSÉ PARADA Y SANTIN

El cante flamenco.

España es el país de los cantos populares y Andalucía la region donde mas ardiente y fervoroso culto se les rinde. Tierra privilegiada de las flores, de la voracidad y de la gracia; cuna de grandes ingenios, de sabios políticos, de oradores elocuentes, de poetas ilustres, de pintores famosos y de mujeres hermosísimas, en Andalucía todo es risuño como su cielo, todo espléndido como su naturaleza, todo poético como su historia.

Andalucía es el único pueblo de Europa donde lució esplendente la civilizacion oriental, y donde los árabes encontraron su último refugio. Por que el pueblo árabe no se marchó de aquella tierra que María Santísima no se ha desdichado en tener por suya. Vive allí aun, y de ello atestiguan las costumbres, los nombres de los pueblos y de las calles, los Carmines de Granada, la tez morena de las mujeres, y mas que nada los cantos populares llenos de misteriosa melodia, hijos legítimos de aquellos otros con que la hermosa y enamorada Amina consolara las penas y tristezas del último rey moro.

Las serenatas al pie de la reja, los alegres jaleos a la puerta de las casas en las serenas noches del estío, las veladas en las pintadas tiendas de una feria, el amor y los celos que se expresan cantando, todo eso es morisco; paginas conmovedoras, sorprendentes, características del libro del cante flamenco.

El cante flamenco, enciclopedia de todos los cantares andaluces, ya apagado y triste como el hondo y eterno desconsuelo, ya animado, alegre, delirante, provocativo como la locura, le vemos siempre acompañado de rasguear de guitarra, palnoteo de manos, taconeos de pies, y sonar de voces hombrunas y aguardentosas que cuando preludian parece que se quejan y cuando cantan, gritan.

Primero vió su teatro en los ranchos de los gitanos, de ese pueblo rey que tiene por patria el mundo, por oficio el hurto y el esquileo, y por cetro las tijeras. Entró luego en la taberna y allí se pervertió. Hizo que hombres y mujeres bailasen encima de una mesa y que aun mas alto que ellos rayase el escándalo. Arrepentido después o satisfecho de este aprendizaje, quiso medrar y se convirtió en espectáculo. Dejó de ser juglar y fué artista, dejó de ser vagabundo y tuvo templo, pidió auxilio al baile y juntos hicieron muchas escursiones desde la tierra andaluza a la madrileña tierra. Otras veces no logró asilo mas que en algun ruinoso café cantante; ahora ha sido mas feliz, ha encontrado un teatro. El arte dramático a retazos y al cante flamenco se han unido en estrechísimo abrazo. La fraternidad es un hecho... en las artes.

El cuadro que el cante flamenco ofrece es digno del pincel de Goya. Un público en el que aparecen mezcladas, revueltas, confundidas todas las clases sociales, que habla, rie, se agita y aplaude gritando. Calaveras ingertos en tanto que tienen aficiones toreras y bucles, y decididos a estudiar idiomas, creen el calor mas digno de ser aprendido que el inglés; señoras que vienen a manos y quieren detenerse en el camino; aficionados entusiastas que serian capaces de matarse con quien dijera que Tamberlick canta mejor que Juan Breva; las hermanas, y primas, y parientas y amigas de las cantoras que alegran el espectáculo con sus «¡olé!» y con el pintoresco trage que visten y el no menos pintoresco idioma que hablan; críticos flamencos que entienden de cantar por alto y por bajo, y lo que es hondo y lo que está en la superficie; y algunas familias patriarcales que caen en un palco por sorpresa, como D. Guzmán en la cueva de los secuestradores en la zarzuela *Periquito*, y se admiran de todo, como un chino en una corrida de toros o un zuli en una sastrería.

En el escenario, que semeja una sala modestamente amueblada, sentados en sillas de las llamadas de Vitoria, y en fila como si fueran a retratarse en familia, las artistas gitanas, revuelto el seno en el pañuelo rojo o blanco de Manila, de largos flecos; el alto rodete convertido en fiado de rosas y clavelos, y la fisonomia animada con una sonrisa picaresca; y los artistas flamencos con el trage corto, el pelo corto y la mirada brava, cantan; y bailan, y taconeos y agitan los dedos haciéndolos sonar como castañuelas y chillan y gritan para dar vida y fuego y color al sin estos adornos apagado espectáculo.

Allí se bailan alegrías sin freno: se cantan ca-

As que son célebres como las de las lanzas del cuadro de Velázquez; se manda por la millonésima vez al señor alcalde mayor que no prenda a los ladrones, con música de las peteneras; se habla en gitano; se enamora en chulo y se grita en todos los tonos.

Las soleas, alegres, vivaces, delirantes; las seguidillas jitanas, gimnasio de vocalización, y las inspiradas y melódicas malagueñas, son en el canto flamenco repertorio que cuenta admiradores entusiastas. Las playeras están desterradas de él y eso que pocos cantos andaluces pueden igualarse con ellas. Pero son el llanto de la guitarra. Llanto desgarrador, terrible, infinito, que encuentra en nuestra alma fácil acceso y la domina pronto; llanto que tiene mas de la protesta muda que del bálsamo consolador, llanto sin lágrimas que destroza el corazón como esas puñaladas que atraviesan el pecho sin que salga de él una sola gota de sangre. El llanto de la desesperación.

Ellas no podían asistir al tumultuoso espectáculo del baile flamenco, porque ellas solo viven donde la tristeza se impone, y este cuadro del baile flamenco nada de triste tiene.

Hombres parecidos a los gitanos que tocan la guitarra o palmorean, o dan acompasados golpes con el bastón en el entarimado que de escenario sirve y en medio de él una mujer que mas que bailar se retuerce como una culebra, moviendo a un tiempo mismo los negrismos ojos que despiden arrebatadoras fosforescencias, la pequeña boca que se anima dejando asomar el preludio de una sonrisa desesperante y traicionera; los torneados brazos formando caprichosas figuras en el aire incomprensible, y misteriosa mimica que ahora parece rechazarnos con el puñal del desden y mas tarde fingir llamarnos rendidos de amores; las delicadas manos que de cuando en cuando se juntan para producir una palmada, y los diminutos y ágiles pies, cuyo estruendoso taconeo logra siempre entusiasmas aplausos.

En el canto flamenco hay algo tan digno de estudio como el espectáculo: los diálogos que con motivo de él se suscitan en aquel salón del teatro de la Bolsa que ha oído los gritos de Vico en los *Los amantes de Teruel*; los chistes de Arderius; los contratos de compra y venta de consolidado, y las malagueñas de Juan Breva.

MIGUEL MOYA.

Revista dramática.

Circunstancias de que ha hecho mérito el distinguido escritor, y amigo nuestro muy querido, que firma bajo un oportuno pseudónimo los amenos artículos que encabezan *Los Lunes de El Liberal*, nos han impedido inaugurar en tiempo oportuno esta sección de la hoja literaria a que vamos a consagrar nuestras ingratas tareas. Este retraso involuntario, unido a la atención preferente que el lunes pasado ha tenido que consagrar este periódico al deplorable acontecimiento que aún hoy afecta vivamente el ánimo del público, nos obliga a hacer caso omiso de las producciones de poca importancia o de éxito poco lisonjero que se han estrenado desde el principio de la temporada, y a juzgar dentro de los escasos límites a que tenemos que sujetarnos, las que merecen especial atención de la crítica, dando la preferencia a la que, a nuestro juicio, reúne, a vueltas de grandes defectos, bellezas de un orden superior.

A este fin invertiremos el orden de los sucesos teatrales y hablaremos ante todo del mas reciente, del que ha dejado impresión mas duradera en el ánimo del público y del que ha inaugurado en realidad el periodo de las grandes emociones dramáticas.

Ya comprenderán nuestros lectores que nos referimos al estreno de la aplaudida comedia *La Mariposa*.

D. Leopoldo Cano es un escritor notabilísimo, un ingenio marcado con sello de originalidad y un espíritu poético singularmente organizado. Su talento creador obedece a dos corrientes que se cruzan por lo comun sin fundirse entre sí, dando siempre por resultado un dualismo disonante en el estilo y en el genio de sus composiciones. Cuando reina la buena corriente, el Sr. Cano es un escritor espiritualista, elegante y delicado: su poesía fácil, galana y primorosa, recorre sin afectación todos los tonos del sentimiento, y ora dulce y melancólico expresa los afectos tiernos del alma, ora interprete con energía los grandes movimientos de la pasión, su vena calorosa es siempre elocuente, simpática y penetrante; su forma bella, pulida y original. Bajo la inspiración de este que podemos llamar su buen genio poético, el Sr. Cano es uno de esos escritores que cautivan irresistiblemente el ánimo del auditorio y transmiten a sus creaciones una vitalidad y un aliento que no se encuentran jamás en los trabajos de la medianía.

Por el contrario, cuando sopla la mala corriente (y por fortuna no es, a nuestro juicio, la que ha de determinar en último resultado la dirección definitiva de las facultades de este escritor); cuando reina, repetimos, la corriente perturbadora, el Sr. Cano obedece fácilmente a las sugerencias de una poética somera y adocenada; ataja los vuelos de su número para sojuzgarlos en los lugares comunes del epigrama, o de lastimosamente en la afección y en la hiperbole.

La última producción dramática del Sr. Cano es un ejemplo notabilísimo de estas disonancias extrañas de su sentido poético. *La Mariposa* es una comedia, o mejor diremos una alegoría espiritualista de irresistible encanto, confundida entre los rasgos manoseados de una sátira superficial. La felicidad pasa por nuestro lado y no la conocemos: es una larva miserable que no dice nada a nuestra simpatía. De improviso el gusano se convierte en mariposa de brillantes colores, y nos revela su divino encanto: la seguimos con anhelo, la alcanzamos y cuando tendemos la mano para cogerla, huye y desaparece para siempre. La mariposa es ángel y ha volado al cielo. Allí está, pues, la patria de las felicidades humanas.

Este es el tema noble, espiritualista y delicado de la composición. Martina, pobre y desahogada, arrastrándose a los pies de la caridad y soberbia y desahogada, ultrajada en su físico por la naturaleza y la enfermedad, es la larva miserable que pasa junto a Luis sin inspirarle otra cosa que desprecio y aversión. Pero llega un día en que Martina se revela a los ojos del hombre a quien ha levantado un altar escondido

do en su corazón, como un tipo acabado de belleza moral y un tesoro de abnegación y de amor, y la larva despreciable y repulsiva se convierte en brillante mariposa. Martina es la felicidad que el desengañado Luis había creído encontrar en una apariencia engañosa; corre a estrecharla en sus brazos, y en el mismo instante la felicidad se desvanece; Martina cae en ellos sin vida al escuchar una palabra de amor del hombre a quien adora.

A la verdad se necesita el ingenio de un buen poeta para llevar por delante en el teatro un tema tan escabroso. Reducida al plasticismo de la realidad, la larva deforme y lastimada de Martina es una personificación atrevida, que difícilmente puede tomar a nuestros ojos proporciones poéticas y contornos ideales, y es mas que probable que el valor moral que consiga darle el poeta sirva mas para inclinar el ánimo a la conmiseración, que para penetrarle de que la pasión exaltada, que inspira a pesar de su deformidad, pueda ser el júbilo principio de una gran felicidad humana. Tal como la ha concebido su autor, la fantasía tenía este gran escollo en la escena. En el teatro no se concibe bien la pasión amorosa inspirada por un objeto que choque abiertamente con las nociones generales de lo bello.

Y, con todo, el Sr. Cano ha salvado la dificultad con un talento poético admirable. El poema de dolor de Martina está concebido y expresado con tal delicadeza y con tal intensidad de la pasión comprimida y sin esperanza, que a no sernos ya bien notorias las altas dotes del señor Cano, nos revelarían un gran talento, unido a un arte primoroso y a una esquisita sensibilidad. La arriesgada personificación se sostiene, medra al calor de la inspiración, y se impone a la simpatía. La escena en que Martina descubre por vez primera a Luis, los tesoros de su corazón, y sorprende y conturba su espíritu con los doloridos acentos de un alma que siente la nostalgia de una imposible felicidad, es bellísima; lo es también el hermosísimo episodio de la cruz que el huérfano del soldado viene a colocar en el pecho del matador de su padre, y el último acto está conducido con un movimiento moral tan arrebatador, es tan sentido y tan hermoso en la forma, que no puede menos de conmover hondamente nuestro ánimo. Y en efecto, el público ha penetrado la belleza de esta personificación y de estos pasajes verdaderamente superiores de la obra, y el poeta ha alcanzado una ovación extraordinaria, a la cual nos asociamos con todo el fervor de una admiración profunda y sincera y con la satisfacción que nos producen siempre las manifestaciones de un ingenio de temple no comun.

Pero esta poesía sentida y afligida, que se resuelve en un acorde tan patético y delicado, está perturbada por una vana palabrería, una sátira vulgar y una desdichada afectación de la tesis moral. La poética alegoría del Sr. Cano alterna en su composición con un tema que puede enunciarse con esta frase vulgar: «Nadie está contento con su suerte.» Y aquí entra la parte del poema inspirada por el maléfico genio del Sr. Cano. La historia del asistente dicharachero que cifra su felicidad en abandonar el servicio, y que una vez obtenida su licencia, no se juzga dichoso sino se queda al servicio de su coronel; las genialidades del viejo ridículo que rabia por entregar su hija a un marido en quien resignar su pesada autoridad paterna y se afije cuando llega este caso al pensar en la separación; el incidente grotesco y vacío de sentido de la corona alquilada; y los graciosos, pero difusos apólogos del soldado, son brochazos y lugares comunes de la comedia vulgar que no solo no contribuyen, sino que perjudican al sentido íntimo de la obra y alejan sin cesar de la corriente poética verdaderamente exquisita, que por ella circula, el ánimo impaciente del espectador.

La mariposa es una deliciosa poesía interrumpida frecuentemente por las voces desentonadas y las quimeras domésticas de una frívola vecindad. Hay, pues, en la obra elementos de la comedia vulgar que funcionan paralelamente con los de la acción principal; elementos que no solo carecen de verdadera fuerza satírica, sino que lastiman algunas veces la dignidad de las figuras que están colocadas en el registro serio y esencialmente poético de la composición. Tal ocurre, por ejemplo, con el incidente de la corona alquilada por el presunto suegro de Luis. ¿Qué hombre serio que ha conquistado en el teatro un lauro legítimo, fundado en el sufragio espontáneo del público, puede considerar como un cruel desengaño de los halagos de la gloria, la ridícula ovación de un individuo desprovisto de sentido comun? De buen grado le perdonamos al Sr. Cano otros golpes en falso menos graves de su genio satírico en gracia de la esencia exquisita que se desprende de los veneros por donde fluye la savia generosa de su inspiración. Pero este no se lo podemos pasar, porque hiere en el nervio sano y robusto de su poesía y recae en un personaje que está dentro de la estética espiritualista, elevada y patética de la composición.

Pero, digámoslo en justicia, cuando llega el tercer acto de *La mariposa*, todas las voces discordantes guardan silencio, los personajes principales se ajigantan, los afectos crecen en movimiento y en intensidad, el drama alienta y se desenvuelve con una vahemencia que subyuga, la elocución poética se depura y se enardece al calor de una inspiración feliz, y un desengaño rápido, inopinado, concebido por un espíritu de poeta en quien reside la alta noción de la belleza, viene a redimir los pecados de la obra, produciendo una gran explosión de simpatía y una sincera y profunda admiración.

El buen genio poético del Sr. Cano ha conseguido esta vez una gran victoria sobre el genio de bajo vuelo que suele echar a barato las creaciones de este escritor: falta que se aproveche de ella condenando a perpetuo silencio a su contrario. *La mariposa* es el primer paso de rehabilitación de un poeta que se había empeñado en la estéril empresa de gastar su fuerza en violentos y desordenados alardes: un pasomas, ó, por mejor decir, una incontinencia menos, y el Sr. Cano, al ver premiado su mérito incontestable por el público y por los entendidos, podrá reírse a su placer de los imbéciles que asocien su inconsciente sufragio al aplauso general, arrojando a sus pies una corona venal que no esté hecha a la medida de su cabeza.

Entretanto, y como justo tributo por el feliz esfuerzo que ha realizado, reciba nuestro sincero parabien.

El desempeño de *La Mariposa* no se presta a grandes elogios: rara vez da ocasión a ellos el lamentable extremo a que ha llegado el arte escénico en nuestro país. El conjunto no ha satisfecho a nadie: como sucede ordinariamente, los actores parece que hayan mostrado empeño en no humillarse los unos a los otros, rebasando el nivel comun. Es justo, sin embargo, hacer una excepción: la señorita Mendoza Tenorio ha vencido una gran dificultad; el papel de Martina es de aquellos que ponen a prueba el talento y el tacto de una actriz. Aun suponiendo genio artístico y entusiasmo creador, no es empresa llana abandonarse a ellos confiadamente y con resultado satisfactorio, teniendo que simular imperfecciones físicas tan ocasionadas al ridículo.

La señorita Mendoza Tenorio ha salido airoso del empeño, y en las escenas capitales del tercer acto ha dado muestra brillante de sus envidiables facultades.

La mariposa ha venido después de otra producción dramática muy aplaudida, pero de prestigio poco duradero, representada también por vez primera en el teatro Español. Es una composición que no deja de impresionar el ánimo por la naturaleza de los resortes que en ella juegan, manejados con mucho conocimiento de los recursos de la escena, y en la que es preciso reconocer bellezas de estilo y de elocución, que la colocan en el número de los trabajos mas estimables de sus autores. Hay en *El ejemplo*, que así se denomina el drama a que nos referimos, afectos expresados con elocuencia, como el de aquella madre dolorida que defiende la vida de su hijo hasta que cae exánime bajo el peso de su desesperación; situaciones bien preparadas, que interesan y afectan el ánimo, como las que se originan de la remota delación de Barrientos, de la prisión de don Diego, de la fatal entereza con que este personaje hace inevitable el trágico desenlace, y se escucha, por fin, en toda la pieza, el latido de una poesía que absorbe nuestra atención y cautiva nuestro espíritu.

Pero esta poesía no es la exhalación de un genio dramático de alto vuelo, no deja huella en el alma. El resorte principal no está bien fundado. No existe en D. Fernando el móvil extraordinario, la fuerza excepcional que ha de arrastrarle a sacrificar al cumplimiento de un deber la vida de su hijo. Los autores han conocido la flaqueza del fundamento y no han encontrado el medio de hacer del alcalde de Felipe II una figura enérgica y grandemente dramática. La acción depende casi exclusivamente de la inflexible tenacidad que caracteriza el pundonor de D. Diego. El mozo se obstina en no eludir el rigor de la ley, y aquí está todo el drama; es su única fuerza, la fuerza que acude a sostener todos los flancos débiles y que resuelve en último término el conflicto. Esta fuerza es rígida, fatal, ajustada a la misión que desempeña. D. Diego no siente como un mozo lleno de ilusiones que va a pasar de los brazos de la felicidad a los brazos de la muerte; no siente como un enamorado que va a dar el último adiós al objeto querido; no siente como un hijo tierno que va a dejar a sus padres entregados a un dolor inconsolable y a un eterno infortunio: D. Diego no es mas que el pundonor sordo y ciego que sigue el camino derecho por donde empuja su constancia.

De aquí la falta de robustez del resorte dramático y la impresión pasajera que produce esta obra, a pesar de la nobleza de su desenvolvimiento poético, de sus galas de estilo y de su hermosa versificación.

Estamos seguros de que los Sres. Echevarría y Santibañez, autores muy distinguidos de *El ejemplo*, comprenden que su último trabajo, siendo de los mas estimables que ha producido su colaboración literaria, no está a la altura de las producciones que alcanzan vida bozosa y duradera.

El desempeño ha sido menos que mediano. Los actores, y especialmente D. Rafael Calvo, han trabajado con acierto: las actrices no han podido elevarse sobre la expresión convencional de los afectos y los recursos de la práctica y la rutina.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

París.

Alfonso Daudet es un autor a quien no asustan los procesos; verdad es que estas cosas, cuando no hacen llorar, hacen reír.

Los reyes en destierro es la novela del día. Van devoradas seis ediciones en menos de una semana; la gran imprenta Dupont trabaja sin descanso reproduciendo a millares el interesante folletín que hace un mes daba *Le Temps* a sus lectores. ¿Quién se acuerda ya hoy de las obscenidades de *Nana* ni del capital que Lafitte ha invertido en dar publicidad a la última obra de Zola? *Los reyes en destierro* es el libro que hoy penetra en todas las casas, que está sobre la mesa de los críticos, que se vé en las manos de cuantos atraviesan el boulevard, que es enviado a grandes carretadas a Ultramar y al extranjero, y que ocupa las columnas de los periódicos con los fragmentos entresacados de sus páginas. El proceso que se anuncia contra esta novela no haría mas que aumentar su interés, así como aumentaron el éxito de *Le Nabab* los procesos intentados por los que consideraban ofendida la memoria del duque de Morny. Los bellos capítulos del *Nabab* triunfaron de las machadas hojas del papel sellado, y pasarán este invierno a la escena del Vaudeville; *Los reyes en destierro* triunfará también de las redes que los curiales le preparan. El día mismo en que el libro se puso a la venta, funcionó el telegrafo entre París y Viena, y los ex-reyes de Nápoles supieron que aquel folletín dado a luz por *Le Temps*, y que en un principio se figuraron pasaría inadvertido, se arrebató a millares de entre las manos de los libreros. Poco después llegaban a París instrucciones, y dícese que la activa *legión negra* ha empezado a embadurnar papel a toda prisa.

Los reyes en destierro es una obra llena de poesía, escrita en estilo encantador, y con detalles descriptivos de primer orden. En mi opinión, este libro tiene mas que ningún otro el defecto que caracteriza a su autor; Alfonso Daudet es un explorador de grandes situaciones; avanza, y cuando parece que va a dominarlas, pasa junto a ellas y las deja a un lado sin afrontar la lucha.

El autor coloca la escena de su obra en un hotel de Saint-Mandé, junto al lago Daumesnil, a doscientos metros de la Puerta Dorada. Aun de ex-reyes de Iliria, las fisonomías que trazan son tan del dominio público, que todos sin ningún trabajo las han reconocido en seguida. El ex-rey y la ex-reina, una vez repuestos de la primera impresión que les causa su destronamiento, y cuando las esperanzas de una pronta restauración van desvaneciéndose, empiezan a preocuparse de su situación financiera. Venden sus carrozas de gala a un circo americano que las utilizan para sacar los clowns a la arena, y con éstos y otros recursos, se van a vivir a la humilde aldea de Saint-Mandé, donde alquilan un hotelito, propiedad de un calavera arruinado.

Este pequeño hotel tiene dos puertas: una sobre la avenida Daumesnil, frente al bosque y al lago, y la otra sobre la calle de Herbillon. Por la gran puerta de la avenida llegan los carrajes de los reyes destronados que habitan París, y que van a hacer visita a sus colegas entre ellos se vé al gran duque de Brunswick, al ciego rey de Westfalia, al duque de Parma, etc., etc. Por la puerta de la calle de Herbillon llegan las cuentas de los tenderos de comestibles, de los tapiceros, de las modistas y de los sastres, que se cansan de esperar el dinero que se les debe. Un viejo duque, que adora fanáticamente a sus amos, inventa pretextos con que responder a los impacientes acreedores, y cuando el caso apura, les paga con dinero de su bolsillo.

La ex-reina va a París una vez al mes, con coche de gran librea, a pagar las visitas que de los ex-monarcas recibe en Saint-Mandé; los días mas días se contenta con pasear a caballo por el bosque de Vincennes.

El ex-rey, entre tanto, se entrega a los amores fáciles, pasando el destierro de la manera mas divertida.

Cierta vez, en la casa hay una necesidad suprema; la ex-reina llama a su mas íntimo servidor; es de noche; todos duermen. Abre una caja de cristal de roca, y saca de allí una corona; es la corona de Iliria; reyes y reyes han adornado con ella sus frentes; los siglos han pasado dándola mas esplendor; olas de sangre por defenderla han corrido. La ex-reina propone a su confidente arrancar varios diamantes, y le pregunta si conoce una casa de empeño donde pedir prestada alguna cantidad, con la garantía de aquellas joyas. El servidor íntimo conocía precisamente todas las casas de empeño de París; durante el verano, dejaba en ellas sus ropas de invierno, y durante el invierno, sus ropas de verano. Coge, en fin, los diamantes, y él se encarga de buscar la cantidad deseada. Pero ¡oh, pobre ex-reina! ¡el golpe es cruel! Resulta de pronto que los diamantes son falsos. El ex-soberano de Iliria había, indudablemente, arrancado los verdaderos para atender con sus productos al sostenimiento de varias cómicas y demi-mondaines.

Otros episodios interesantes tiene la obra, pero éste parece ser el que motiva el proceso. El éxito de *Los reyes en destierro* crece entretanto, de día en día, y hay quien espera que sobrepase al que obtuvo no hace mucho tiempo *Le Nabab*.

La semana ha pertenecido casi de lleno a los novelistas. Parfait ha publicado, con éxito también grande, un libro que se titula *La feria de las reliquias*, obra por el estilo de aquellas que en los últimos años de su vida dió a luz nuestro compatriota Roberto Robert, y cuya tendencia es combatir las supersticiones religiosas y la fé en los milagros. Otros dos libros amenos se han puesto a la venta: *El libro de a bordo*, por Alfonso Karr, y *Monseñor*, por Pablo Saunier.

El concierto dado ayer en la gran Sala de Fiestas del Trocadero, ha sido un espectáculo de que jamás ha habido ejemplo en París. El lástima que con tanta frecuencia se use de los elogios al tratarse de triunfos escénicos; pues el cronista mas hábil tropieza hoy con serias dificultades para encontrar palabras con que describir la ovación que el público de París hizo ayer a Adelina Patti en el concierto a beneficio de la Asociación de artistas dramáticos. Cuatro mil personas llenaban la sala. Desde que la *diva* apareció del brazo de Mr. Halanzier, antiguo empresario de la Opera, el público en masa se puso en pie y aplaudió con tal frenesí durante diez minutos, que la grande artista se ahogaba de emoción y las lágrimas corrieron por sus mejillas. El marqués de Caux, después de haber hecho todo lo posible por privarnos de oír la encantadora voz de su esposa, se contentó con unir sus aplausos a los de la multitud desde una butaca. Cuando Adelina Patti se retiró a su palco, cayó desvanecida entre los brazos de los que la acompañaban. Cuando la fiesta terminó y la eminente *diva* ocupó su carruaje, una enorme escolta fué acompañando largamente a la *hija mimada de París*, como aquí se la llama.

El concierto ha producido 70.000 francos.

Sardou es uno de los hombres que mas encarnizadamente odian a la república. En todas sus obras hace siempre algo de política reaccionaria; su intransigencia contra la democracia es ya proverbial. No hace mucho tiempo trató de ridiculizar a Gambetta en una comedia memorable. El año pasado combatió en otra el sufragio universal. Hoy se habla ya de las tendencias clericales que campean en la nueva producción que debe leer al Teatro Francés la semana próxima.

Shara Bernhardt, intransigente también en sus ideas republicanas, ha declarado hace mucho tiempo que no aceptará papel alguno de Sardou, y lo pone por condición en sus contratos. Dícese a última hora que Coquelin, republicano igualmente, y sabedor de que Sardou le destina un papel en su obra, se ha dirigido al director del Teatro Francés manifestándole que no puede aceptar el papel que Sardou le destina.

Dentro de poco, si el público imita tal ejemplo, se cruzarán entre los espectadores preguntas por este estilo:

—¿Sabe Vd. qué opinion política tiene este actor? ¿No sé que hacer, si silbarle ó aplaudirle?

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

París 24 octubre 1879.

Imp. de El Liberal, a cargo de L. Polo, Almudena, 2